

LAS VIEJAS DE LOS CAFÉS

Doña Tula, doña Pepita... La viuda del general, la huérfana del magistrado... Son estas viejas absurdamente emperifolladas con alharacas anacrónicas, que van a los cafés de barrio, donde un violín entona las romanzas sentimentales, un poco ramplonas, de su juventud.

Llevan el compás con la cabeza; entornan los ojos cuando surgen los recuerdos del panteón de su mente, un poco cansada y un poco loca. ¡Llevan el fardo de tantos años sobre su memoria! Realmente, lo único que ya les queda que hacer en su vida es ir al café; allí hay luz, un suave calor en invierno; oyen ritornellos evocadores y pueden charlar, que es un terrible vicio de las viejas, embriagador y necesario para su existencia solitaria, al margen de los amores familiares, restos de naufragios sentimentales, supervivientes de ellos mismos.

Después, se van despacito, hablando a media voz, devanando sus manías, hacia sus frios hogares, en alguna casuca de dormir o en una guardilla, donde aguardan su llegada unos cuantos gatos, o perros, o pájaros, a los que las viejas aman con caricaturescos extremos, con toda la emoción de su maternidad frustrada o con los misterios de su vetusta doncellez. Hablan con sus gatos íntimamente; les cuentan estos misteriosos demonios familiares sus recuerdos y sus esperanzas, que todavía esperan algo, como un pretexto para seguir viviendo. Los llaman con diminutivos de grotesca y acendrada ternura de abuela, como niños voluntariosos o convalecientes. Algunas tienen las más absurdas amistades con loros y otros animales estúpidos: les hacen comer en el mismo plato y dormir sobre la cabecera de su cama. Y este amor doméstico a esos pájaros, que las recompensan repitiendo todas las tonterías que oyen a las viejas charlar con ellos o con las otras viejas, por el vicio de charlar, con la misma substancia de las conversaciones del café o de cualquier otro sitio.

Las que viven en compañía, son un poco más felices. Las lamentables son las que andan vagabundeando por cafés y bodegones con su reuma y su manteleta de abalorios—recuerdo de algún invierno lejano—, espantosamente aburridas en las mesas de los cafés, matando el tiempo, cuando es el viejo Saturno el que las va devorando día por día.

En los cafés poco concurridos, las largas hileras de mesas de mármol parecen sepulcros bien pulimentados; cuando, detrás de una mesa, surge el rostro de una

de estas viejas, parece que el habitante del nicho se ha asomado un momento por encima de su lápida...

En los bodegones—*La Precisa, La Marina, Los Dos Hermanos*—hay otras viejas menos coquetas, más tristes, más pobres. Tienen unas pensiones ridículamente exiguas, con las que es inverosímil

rante muchos años, sin que sepamos de qué viven y, en realidad, ni para qué viven. Como tienen su paga segura todos los meses—una ficción económica—, el figonero les concede crédito para comer todo lo que se fabrica en su cocina—otra ficción alimenticia—. Estas viejas son un poco aficionadas a beber; algu-

diente les resucita sus viejos sueños de grandeza, y piensan en los antiguos episodios, galantes discretos, miradas ardientes, acaso alguna cita...—¡Hace ya tantos años!—Me parece que fué el 74... Acaso fué a fines del 73—. Y piensan en aquellas amables futilidades, que en la distancia adquieren un hondo valor sentimental. Cuando eran pompas rosas carnales de aquel tiempo en que la villa era un jardín de amor del rey chispero. Tal vez en un medallón, colgado de su garganta—ya sin la gracia de marfil de aquellos días—, llevan una miniatura con el retrato del galán.

Y se rien mucho con estos recuerdos, y a sus ojos asoma una lágrima, que en su borroso estado de espíritu no sabrían decir si es por el *picaro anisado* o por el dolor irremediable de ser muy pobres y demasiado viejas.

Cuando cierran el figón, se van hacia sus yacijas extrañamente borrachas de ilusión, de recuerdos, de fracaso... Tal vez tuvieron algún hijo, y le vieron desaparecer muy pronto, en una tarde muy triste, en un cochecito de gloria... Otras, fueron estériles en una doncellez involuntaria; pero... ¡el príncipe del Ideal no llamó nunca a su modesto piso tercero, donde ellas le estaban esperando! Y tampoco llegó uno de esos seres que se llaman maridos, que no realizan los sueños de las jóvenes sensibles, pero que les dan un puñadito de dinero a principios del mes.

Viejas de los cafés, ataviadas con absurdos perifollos, que aún coquetean con el violinista tras de una melodía ramplona de sus buenos tiempos—*Jugar con fuego, El grumete, Una vieja*—; enlutadas y pobres viejas de extravagantes manteletas de abalorios, que ahogan en el aguardiente la tragicomedia de sus vidas en los hostales de la necesidad. Todas están un poco locas y tienen el vicio voluptuoso de charlar, de charlar *para matar el tiempo*, sin comprender, que es él el que ha mustiado sus cuerpos y ha enloquecido sus imaginaciones en la soledad, en la pobreza, en el desastre.

El tiempo las devora lentamente, hasta que cierto día las encuentra calladas, inverosímilmente mudas para siempre, en sus miserables yacijas, junto a sus perros, sus gatos o sus pájaros...

Después viene ese horrible coche negro y cerrado, el furgón espeluznante, al que la gente de buen humor suele llamar *la tertulia*, porque siempre lleva más de uno...

Emilio CARRERE

EL MADRID DE OTROS TIEMPOS



LAS TARDES DEL BOTÁNICO.—DIBUJO A PLUMA POR SÁNCHEZ FELIPE

que puedan vivir. Llevan unos mantos pardos y corcucidos, burdos zapatos de hombre, un abrigo viejo, debajo de otro un poco menos viejo, para las noches invernales. Son la aristocracia de estos comedores, adonde van aprendices de literatos, ínfimos burócratas con sus esposas y sus niños—¡oh, dolor de la infancia, fea por la miseria!—, buscones de todas las categorías, a los que conocemos du-

nas noches llegan a emborracharse seriamente. Es una muy triste embriaguez, aunque parece que se divierten mucho: se rien, hablan solas, tararean alguna canción de su época. Le hacen confidencia a algún comensal de un episodio de aquellos buenos tiempos, cuando su esposo, el brigadier, volvió de Ultramar; cuando se quedaban en casa todos los lunes, y salían todos los años... El aguar-

las encuentra calladas, inverosímilmente mudas para siempre, en sus miserables yacijas, junto a sus perros, sus gatos o sus pájaros...

Después viene ese horrible coche negro y cerrado, el furgón espeluznante, al que la gente de buen humor suele llamar *la tertulia*, porque siempre lleva más de uno...

Impresiones de un lector

Las columnas de Hércules

No intentaré comentar aquí el nuevo libro de Luis Araquistain en toda la plenitud de su alcance político. Para quien conozca la similitud—casi coincidencia—de mis opiniones sociales y políticas con las del autor, es innecesario que señale lo que se ha comprendido bien sin que yo lo diga.

He de limitarme, pues, al valor puramente literario del libro; al valor novelístico. Pero como no se trata de un novelista, un juicio formulado estrictamente desde aquel aspecto sería parcial, no nos informaría de un modo auténtico.

Ese libro es una obra de combate periodístico. Pertenece a la literatura panfletaria, de tan recia tradición en los períodos preparatorios de las grandes crisis sociales. Los personajes no han nacido de la fantasía del autor, sino que son caricaturas de los hombres que flotan sobre la vida pública del país; sus nombres se transparentan sin dificultad bajo la clave de las desfiguraciones léxicas con que los ha encubierto su novelador. Se trata, en suma, de un libro aristofánico, de una sátira a la moderna, según las normas de ironía cuyo ejemplar más reciente es *La isla de los pingüinos*. El placer, un poco morboso, con que el lector va poniendo un nombre conocido bajo cada uno de los mascarones que desfilan por la acción de su novela, suprime, naturalmente, el desinterés supremo de las puras delectaciones estéticas; pero, en cambio, incorpora la narración a las palpitaciones de la vida real y nos hace participar en la batalla ciudadana que se libra más allá de esas páginas, para la cual esas páginas son precisamente proyectiles y espadas...

Hay en ese libro algunos capítulos que se apartan de la índole general, y son trabajos de crítica con valor propio, vivientes por sí mismos. El temperamento crítico de Araquistain, tan apto para las observaciones sutiles, para los descubrimientos insospechados, se muestra en esos pasajes en toda su naturalidad. Así es, por ejemplo, el capítulo dedicado a estudiar el carácter de la literatura española como revelación de las aptitudes nacionales, con relación al eterno contraste de objetivismo y subjetivismo, de realidad y personalidad, que es la esencia de la producción artística. Así también el certero y sucinto análisis de la escuela como instrumento tendencioso al servicio de la sociedad, como «fábrica inhumana donde se vuelca alevosamente la tierna arcilla del espíritu infantil en los viejos troqueles de hierro suministrados por los poderes históricos. De este modo, a la espontaneidad primitiva con que el hombre renunciaba a ser libre a cambio de ver lisonjeados sus instintos de conservación física y metafísica, ha sucedido la claudicación sin albedrío ni discernimiento, por obra de esos artificios para extinguir o suplantar la personalidad que se llaman escuelas. Otro instrumento moderno es la Prensa, que completa y corona el proceso de perversión espiritual comenzado en la escuela, y antes, tal vez, en la familia. Todo conspira contra la libertad del hombre». Y precisamente en esta última parte del párrafo que he querido transcribir está la génesis de ese libro, como producto del temperamento periodístico de su autor. Su interpretación esencial ha de buscarse en un noble afán de retorno al concepto puro e ideal de la Prensa como directriz de opinión, adocrinadora de ciudadanías, tribunal inmanente de república; en vez de ser, lastimosamente, como es tan a menudo, sierva de intereses inconscientes, instrumento de caudillismos o

grupos fulanistas; aduladora interesada de la pasión vulgar, con vistas a una popularidad malsana y plebeya; promotora de estados de opinión facticia, conducentes a las grandes catástrofes históricas.

Quiero señalar, en fin, la curiosa página que dedica el autor al «magnicidio» como fenómeno social; juicio que comparto con alguna modificación, porque el concepto de ejecutor o verdugo no es aplicable al que obra bajo la acción de un impulso pasional propio y con el riesgo personal inminente y gravísimo.

La primera peseta

He aquí un libro curioso y ameno, que junta una rica variedad de autores a la unidad fundamental del tema. Francisco Gómez Hidalgo ha preguntado a los españoles que, por uno u otro concepto, tienen un nombre público: ¿Cómo y cuándo ganó usted su primera peseta?

Faltan algunos nombres en esa larga lista. Otros, francamente, sobran...

Recuerdo un artículo de Mark Twain contestando a una pregunta idéntica que le formuló cierto periódico americano. La respuesta fué, naturalmente, ingeniosísima. El peligro de esas «encuestas» está en que ofrecen la tentación de entregarse a las amables disquisiciones de la fantasía. Aunque, después de todo, el lector ha de preferir el saborcillo de aventura, de picardía, de heroicidad en ciernes, a la naturalidad muchas veces prosaica de una confesión sin poesía... El hombre que haya logrado una nominación basada en la imaginación, en la fértil inventiva, ha de sentirse inclinado a contarnos cómo «debió ganar» su primera peseta, a manera de un héroe más de su propio nimen, o como el personaje esencial de sus creaciones. Así uno llega a ser hijo de sí mismo. ¿Por qué no?

Debo hacer una declaración curiosa. He leído ese libro rápidamente, sin esfuerzo. He saboreado en sus páginas el deleite de un diálogo con muchos amigos queridos, algunos de ellos merecidamente gloriosos. Y me he preguntado: Si tuviésemos que otorgar un premio a la más bella de esas contestaciones, a la más rica en contenido espiritual o en efusión comunicativa, ¿cuál sería la preferida? Para mí no hay duda: la mejor es la de Salvador Seguí. Inesperado, ¿verdad? Pero así es. Hay en esa respuesta una sobria comprensión del valor religioso de la más bella fiesta católica, el Domingo de Ramos; una sabrosa mezcla de infantilidad juguetona y primitivo atisbo comercial, y un homenaje de ternura a la honrada escrupulosidad materna. Es una contestación que tiene valor propio, in-

dependiente de la ocasión anecdótica a la cual responde. Es un fragmento literario, que si no tuviese el valor de sinceridad que de sus párrafos trasciende, podría constituir un cuento ejemplar, verdaderamente adecuado a la transformación sutil de la infancia en ciudadanía, que es una invisible formación de alas...

El Embrujo de Sevilla

Carlos Reyles ha escrito ese libro con fidelidad a la interpretación violenta de Sevilla. Un crítico perspicaz ha notado ya los precedentes de esa concepción: Mérimée, Bizet, Barrés, Pierre Louys... Sevilla como una de las sedes capitales del Amor, compañero eterno de la Muerte; Sevilla como trasunto del alma andaluza, en su canto, en su danza, en su materialización religiosa, en su fiesta sangrienta. Para un extranjero, como es el caso del autor, la visión de la ciudad ha de ofrecerse con el prejuicio tendencioso de ese valor libresco, de esa transfiguración exaltada. Pero, de todas maneras, un extranjero está más capacitado que un español para juzgar nuestra idiosincrasia y descubrir el sentido profundo de nuestra concreción humana. Y Andalucía, por razón de la propia intensidad expresiva de sus rasgos, ha constituido, para los extranjeros, la forma culminante y típica de la «españolidad».

El libro de Carlos Reyles es en verdad muy notable. La emanación de la ciudad-protagonista eleva poderosamente de sus páginas. Acaso muestra, a veces, demasiada profusión de detalles sugestivos; pero la evocación es fuerte y duradera. El tipo de mujer en quien ha encarnado la pasión difusa de la raza es de una interesante ambigüedad pasional, producto de vagas y adversas herencias, fusión paradójica de religiones incompatibles. Parece la víctima de una fatalidad que la sacude como un incubo, y la arrastra al crimen convulsivo contra el hombre por quien siente verdadero frenesí de amor.

Desfilan por el libro, a través de nuevas visiones personales, los eternos tópicos: la corrida, el cante jondo, las procesiones místico-pagánicas, el vino y el sol, el monstruoso contubernio de cruz y puñal. Voy a transcribir algunas frases finales que parecen envolver el sentido capital del libro: «Nacemos y vivimos para fabricar ilusiones y nutrirnos de ellas. Son las realidades profundas... Las ilusiones encantan siempre, y cuando se convierten en desencantos es que está formándose un encanto nuevo... La facultad de soñar es un don del cielo».

Gabriel ALOMAR

El florecer de la copla

Motivos del Sábado de Gloria

Los rojos claveles de la Resurrección han triunfado sobre la tristeza del Viernes Santo. En las cosas, en el alma y en la carne ríe la triunfal alegría del Sábado de Gloria, del divino prodigio, merced al cual el dolor se ha hecho rosas, y el sollozo, canción, y la oración, madrigal...

Pasaron ya, entre el lívido chisporroteo de los cirios y el solemne vibrar de las trompetas, los cortejos severos y brillantes de las procesiones... Pasaron, entre los nazarenos silenciosos y enigmáticos, los pasos tradicionales, desbordantes de flores, de joyas y de sedas, ungidos de milagro por el fervor de millares de almas que prendieron en las sagradas imágenes el anhelo de un amor, de un consuelo o de una esperanza...

Pasaron ya los motivos trágicos de la Pasión; y al perderse el último rastro de las procesiones e irse borrando las siluetas de los pasos de dolor en la sombra indecisa de la madrugada del Viernes Santo, quedó vibrando en el aire el eco sentimental de la saeta...

En los días anteriores, la saeta triunfó como una serpentina lírica y doliente; rasgó con su trémula vibración el aire, lleno de místicas fragancias; se clavó en los Cristos y en las Vírgenes para implorar una alegría o un socorro. Mas al insinuarse, en las últimas horas del Viernes Santo, los primeros débiles reflejos de la Resurrección, la saeta se fué extinguiendo, hasta quedar sólo en el aire un eco de ella, un temblor casi imperceptible, un latido suave y lejano como un recuerdo...

Y al amanecer, sobre la última sombra del Viernes, el primer magnífico resplandor del Sábado de Gloria, el eco de la saeta se ha convertido en el ritmo bravo de una copla...

Es una copla de cadencia apasionada, que a ratos se retuerce y ruge desesperadamente, y a ratos es débil, es sumisa, es suave, es implorante, como una caricia, como un suspiro, como un temblor... Ondula, lírica y triunfal, en el pagano ambiente del Sábado de Gloria, y solloza, o ríe, o ama, o desea, o mata, o muere... Es una copla honda y desgarrada, de amor y de dolor, de alegría y de pena, de oración y blasfemia, de risa y de llanto, como el alma de Andalucía... Habla de amor, de un amor que acaricia y mata al mismo tiempo... Habla de celos y crimen, de ojos negros y labios de sangre, de un cuerpo de mujer y un querer maldito...

Copla de amor y de mujer, en ella se compendia toda la alegría, toda la pasión, toda la sensual fragancia y el ritmo voluptuoso y el aire llameante del Sábado de Gloria.

Triunfa, en el gran deslumbramiento de la Resurrección, la copla que nació del eco de la saeta... Triunfa, pasional e intensa, en las bocas encendidas de las mujeres... Triunfa entre el oro optimista de unas cañas de vino andaluz y el entusiasta jaleo de unas gargantas y unas manos y la maga policromía de unos mantones...

Porque es Sábado de Gloria, y ríe la vida, más bella y más eterna que nunca, y hay amor en todos los corazones y alegría en todas las frentes, ha florecido, sobre la cadencia lenta, sentimental y misteriosa de la saeta, el ímpetu cálido, vibrante, desbordado y bravo de una copla en cuyos versos cantan todo el fuego y toda la pasión que arden en los ojos y en los labios de las mujeres de Andalucía...

José MONTERO ALONSO

RESURRECCIÓN

Corazón, corazón:
en el glorioso azul de la mañana,
¡también para ti canta la campana
de la Resurrección!

Apurado tu cáliz de amargura,
subiste del Calvario las laderas.
No hubo, mi pobre corazón, tortura
que tú no conocieras.

Fuiste crucificado, y los sayones
hundieron en tu carne sus lanzones.
Mas ya las golondrinas
se acercan a quitarte las espinas.

Corazón, por lo mucho que has sufrido,
estás ya redimido.
Y estás ya perdonado,
corazón, por lo mucho que has amado.

Despierta, corazón,
y escucha: en el azul de la mañana,
¡también para ti canta la campana
de la Resurrección!

Enrique RUIZ DE LA SERNA

SEVILLA Y BARTOLOZZI

HACE pocos días publicábamos en estas mismas páginas un artículo sobre la *Sevilla de Martín León*. La actualidad quiere que hoy hablemos de Salvador Bartolozzi, el autor del cartel anunciador de la Semana Santa y de la feria que la capital andaluza celebra en el presente año.

Nuestro ilustre compañero acaba de obtener con esa obra un señalado triunfo. Acudió con ella a un concurso el año pasado, y, siendo la mejor, sin duda, de las enviadas, no mereció el premio a juicio del jurado calificador. Mas he aquí que lo que entonces se quedó sin recompensa, ha sido recientemente objeto de solicitud, y Salvador Bartolozzi halla al fin la satisfacción que se le debía. Sevilla y él, ajenos a pequeñas intrigas locales, merecen la enhorabuena.

Fresco está en el recuerdo nuestro último viaje a la *Ciudad de la Gracia*. Evocamos las encantadas bellezas de su ambiente, sus tesoros de arte y el misterioso atractivo en la mirada de sus mujeres. Salvador Bartolozzi nos ofrece la interpretación sintética de lo que allí nos sedujera, en la imagen femenina que, sobre fondo de bordado pañolón, destaca, tocada de mantilla y peineta, llevando un clavel en la diestra y blanco rosario arrollado a la muñeca del brazo izquierdo. La Sevilla que ama y la Sevilla que reza; la Sevilla de las flores y la Sevilla de la devoción, aparecen fundidas en la creación del artista con raro acierto y con la depuración de un espíritu clásico, así busque, para regalo de sus ojos, las ondulantes líneas barrocas y el cromatismo de galas decorativas en acusado contraste de claros y oscuros tonos.

Tiempo ha que venimos recomendando a nuestros pintores que no pierdan de vista el sentido nacional en el arte del cartel, o, en otros términos, que se desentiendan de lo que por ahí fuera priva por los dictados de la moda, ya que dentro de casa no han de faltarles temas interesantes para poner de relieve la personal inventiva. Salvador Bartolozzi ha sido de los primeros en comprenderlo, y en alguna ocasión se lo hemos oído decir. En España, los elementos típicos y pintorescos se prestan a modernas elaboraciones; el cartel de Bartolozzi es buena prueba de nuestra tesis. ¿Cuántos modelos de mujeres andaluzas, con mantilla negra, se han pintado? Y no obstante, el joven maestro al cual nos referimos, en lo que para los demás era vulgaridad y repetición, ha encontrado un concepto original y una expresión nueva dentro de los recursos técnicos de su alcance. Lo propio le aconteció cuando, en 1919, arrancaba de la realidad más cruda la figura grotesca de la *destrozona* sorprendida en mitad del arroyo y transportada con enérgicos rasgos al cartel que había de premiarle el Círculo de Bellas Artes. En los muñecos de trapo ha sabido de igual suerte hallar la nota castiza e inconfundible.

Acaso se nos tache de nacionalistas por la base de nuestras opiniones. Por toda respuesta a tan posible objeción,

declararemos que entre servirse de un figurín francés, o italiano, o alemán, o inglés, preferimos, en arte, un apoyo en las cosas de nuestro suelo. Al verdadero artista toca sensibilizarlas individualizándolas; y siendo suyas, no serán por esto colectivamente menos nuestras.

Salvador Bartolozzi es uno de los car-

quieto, eliminador del detalle superfluo, construye con sencillez y firmeza para la cabal distribución de tintas. En el cartel, la silueta y las masas han de establecerse para la sustentación de las coloraciones. Bartolozzi las organiza contando desde luego con el acorde de paleta que la índole del motivo le dicta. Dibujante y pintor, empieza por serie familiar lo que cabría llamar la *psicología del car-*

usados en el precioso cartel de Sevilla.

La censura, a cargo de gentes irritables ante todo lo que rebasa los límites del lugar común, único módulo para sus apreciaciones, quizá califique a Bartolozzi de extravagante, y a nosotros de algo peor, por alabarle sin reservas en su visión de Sevilla. No importa. Sinceros para con nosotros mismos, guíanos el absoluto convencimiento de que defendemos una hermosa obra de arte, concebida en español y realizada con modernidad. La patria de Murillo, tan espléndida en matices, no es de las que se prestan con facilidad al símbolo y a la alegoría. No obstante las dificultades que la empresa entrañaba, habrá de reconocerse que la traducción decorativa de Sevilla por Salvador Bartolozzi es de las más felices. Ni la Giralda, ni la Torre del Oro, ni Triana, ni las procesiones, ni el ferial, etc., etc., ninguna de las notas acostumbradas para la localización se recogen aquí. Mas el espectador adivina en el rostro de esta mujer el alma poética del pueblo. Un pelo negro—casco de ébano—, unos ojos de acerado brillo, un tallo cimbreante, breve pie y manos diabólicas en el repiqueo de los paliños: la danza nos mostrará el garbo de su cuerpo, y el ritmo—latido vital—, la esencia clásica de la gracia.

Si hay en España una ciudad en la cual el clasicismo del Renacimiento y el barroquismo hayan logrado mantenerse sin avanzadas extralimitaciones estilísticas, esa ciudad es Sevilla. El elemento popular cobra aquí una sutileza y una distinción extraordinarias, un aspecto próspero, que resulta deprimente para la humildad terrera de las poblaciones castellanas. Y, sin embargo, esto no suele ser una norma para juzgar a Sevilla. La gente sólo ve de ella los colores del bullicio; va a recrearse con fiestas sensuales, y estimula el cromo y la escena de pandetera. El enemigo, pues, de la virtud sevillana ha sido la aceptación, por cómoda, de un aspecto externo; el forastero que no discurre por cuenta propia, admite una parte equívoca y convencional por el todo, y se satisface a la postre con artículos de guardarropía. Sevilla, como Murillo, su gran pintor, han padecido evidentemente ante la consideración pública; deber de cuantos se han percatado de la sinrazón que entrañan las aseveraciones gratuitas, sería el aplicarse a la rectificación constante en aras de la verdad.

Salvador Bartolozzi no se ha salido de su papel. Había que hacer un anuncio que sirviese a la vez para la Semana Santa y la feria, los dos momentos más brillantes de la vida ciudadana. La mujer, en ambos, es el obligado *motivo-guía*, y Bartolozzi, sin volverse de espaldas a lo tradicional, antes bien, estudiándolo, ha podido organizar la página de su cartel, a base de un tipo—Pastora Imperio, Laura de San Telmo—en que las excelencias plásticas de la feminidad andaluza se concretan y resumen. En los tablados de los escenarios cabía sorprender el gesto más representativo; lo demás era cuestión de tratamiento, que al artista competía.

Angel VEGUE Y GOLDONI



telistas más notables españoles. Con Rafael de Penagos y con Federico Ribas forma el grupo más saliente de los cultivadores que el género tiene en Madrid. La historia del cartel no podrá escribirse entre nosotros sin dedicar un capítulo a cada uno de los tres ilustradores. En el que correspondería a Bartolozzi habría de indicarse que la variedad de asuntos tratados es mayor que la que se encuentra en la producción cartelística de sus dos colegas. La amplitud del repertorio concuerda con la de las técnicas que supo emplear. Su lápiz, ágil e in-

tel. Y si la ha aprendido fuera, porque aquí no había casi de quien recibirla, en materia de adaptación o de conversión a lo nuestro pronto extrajo del fondo nativo la substancia artística y la elaboró en estilizaciones que, a veces, como la de *Sevilla*, resultan irreprochables.

Para que se adviertan por medio de ejemplos gráficos las condiciones de cartelista que posee Bartolozzi, piénsese en aquellos dos carteles tan divulgados que Ramón Casas ejecutó para anunciar el *Anís del Mono*, y medítese acerca de sus medios, pobres en comparación con los

PORTUGAL PINTORESCO: NAZARETH

En la cúspide de Nazareth, sobre unas rocas constantemente socavadas por el mar, en la parte denominada El Sitio, hay una bella iglesia. Los pescadores la conocen bien, porque hacia ella enfilan sus barcas los días de tormenta. Es la iglesia de los pescadores. Un templo aromado por la brisa marina, con todo el poético encanto de una ermita y toda la prestancia histórica de una severa catedral. Como la de Lourdes, tiene su tradición, su leyenda, sus milagros, sus peregrinaciones.

Los días de fiesta mayor, la gran plaza de El Sitio, rodeada de ricos palacios, donde se alza la iglesia, se llena de piadosos romeros. Infinidad de enfermos, conducidos en brazos, en cochecitos de mano, en sillitas o en carruajes, formando interminable procesión de inválidos, desfilan ante la Virgen milagrosa. No faltan tampoco en las regias escaleras del templo aquellos mostradores de feria, donde los hábiles vendedores de baratijas ofrecen a la campesina devoción, rosarios, medallas, estampas, libros religiosos o artículos de más laica aplicación.

También las paredes del sagrado recinto están cubiertas de curiosas evocaciones de milagros. Junto a esa clásica variedad de bazar ortopédico, muletas, cabestrillos, miembros de cera, etc., se ven pequeños bergantines con las jarcias partidas, diminutos aparejos de pesca, enseres de caza, trenzas de pelo, adornadas con cintas; trozos de cañamazo y capillitas de papel, confeccionados con infantil ingenuidad; retratos de marineros con inflamadas dedicatorias; todo, en fin, lo que ingenió la gratitud o nobles cora-

caritativo desprendimiento; pero singularmente a los pescadores, y predilectamente a los cazadores. Su primer milagro...

El viejo sacristán—mitad torrero mitad sacristán, porque el breve cubil de su guardilla abre allá arriba, en la atalaya del campanario, una ventana cuadrada como el ojo vigilante de un faro—nos ha hecho el relato, mientras atisba con sus fatigadas pupilas la inquieta inmensidad del mar.

«Todo esto, lo que abarca la vista, era antiguamente mar y monte. Mar, tan

tierra, los palacios y el pueblo, son de Nuestra Señora...»

*

Al pie de las rocas veneradas, cortadas verticalmente, se extiende lenta y suave la enorme playa de Nazareth, en forma de gumía, cuyo filo se clava en el poblado. Su nota llamativa es la blancura. Un pueblo blanco como los andaluces; blanco, como si todas las casas estuvieran revestidas de la espuma blanca de las olas. Las calles, rectas y regularmente anchas, aparecen cubiertas de arena,

un sombrerito de velludo adornado con una graciosa y descamunal borla en uno de sus lados, y las viejas, cubierta la figura por larga capa de paño negro, que desciende desde el sombrerillo, de modo a darles ese aire misterioso de ancianas de conseja.

Hay en la playa un sordo vocerío de despedidas. Se agitan muchas manos en el aire. A poco, sobre las olas, erizadas de espuma, sólo se ven unos pequeños triángulos blancos que navegan majestuosamente, como copiosa bandada de raudas y nevadas gaviotas.

Nazareth se ha quedado sin hombres.

Es ya la hora del mercado. Sobre la arena húmeda, que empieza a caldearse con la tenue caricia del sol, se extiende un auténtico zoco, por su movilidad, por su políromía, por su luz, por sus pregones convencionales y enigmáticos.

Las pescadoras, congregadas en grupos, «amanhan peixe», subastan la mercancía, cambian las banastas, riñen, gritan, hablan a voces, mientras otras remiendan las redes o hacen malla agazapadas junto a la quilla de los barcos viejos.

Cuando el mar, magnánimo, devuelve poco después las barcas rebosantes de pesca, con la cosecha espléndida e inagotable de su tesoro, todo es alegría en la playa...

A las veces también lo que devuelve el mar enfurecido, bajo el cielo de color de nácar, sobre las olas gigantes, es un navío deshecho, con las jarcias partidas, como aquellos siniestros ex votos de la iglesia.

Sube entonces el precio de la cosecha



bravío, tan impetuoso como este de ahora que hierve junto al acantilado. Monte, como aquel que cerca la iglesia, rebosante de matorrales, encinas y pimpollos. Entre los muchos grandes fidalgos que venían aquí a perseguir liebres, cabras montesas, ciervos y otras piezas mayores, llegó un día un atrevido cazador, jinete en soberbio alazán. Salió al paso un venado horroroso, fiero y torvo como jamás vieron ojos humanos. ¡Era el propio diablo, disfrazado de ciervo! Así de dura su piel, que escupía las balas, y de ágiles sus patas, que trepaban por sitios imposibles.

Caballero, caballo y venado llegaron a estas rocas en furiosa porfía; a estas mismas rocas, que parecen el dorso de una mano extendida sobre el abismo. El venado se arrojó al agua. Detrás de él, el caballo, sin poder refrenar la carrera, iba a precipitarse también, cuando el fidalgo invocó fervorosamente el nombre de la Virgen Santísima... Y mire usted cómo quedaron en el aire venado, caballo y caballero.

(En unos azulejos, con esa gracia pueril y sincera de los ceramistas antiguos, está representado el venado cayendo sobre el agua, y el caballo en el borde saliente de las rocas, con las manos en alto, sosteniéndose en equilibrio inverosímil. Por entre unas nubes redondas, aureolada de rayos de luz, la Virgen de Nazareth protege la vida del aguerrido cazador del diablo.)

«Tratábase de un fidalgo riquísimo y devoto... Y agradecido como tal fidalgo portugués, porque faltóle tiempo para construir la iglesia y comprar todos los terrenos del monte y regalárselos a Nuestra Señora.

Desde entonces todo esto, el mar y la

ofreciendo blanco asiento a las barcas de pesca, que a veces llenan las vías principales arrastradas por parejas de bueyes. Son las barcas de Nazareth de ese tipo característico y familiar del Tajo: proa curva, delgada y aguda como el pico de un águila; pintadas al franjas de colores rabiosos, con multitud de talla y arabescos.

Dos espectáculos ocupan las costumbres de Nazareth: los baños y la pesca.

Llegado el verano, al abrigo de las rocas de El Sitio, se levanta un verdadero campamento de barracas simétricas en la gran esplanada, a todas horas plébrica de veraneantes, que prefieren el panorama natural de esta costa magnífica al lujo de las playas de moda, y las excursiones al castillo roquero, los pinares, Ponte da Barca o Aguas-Bellas, al fox-trot del Casino. Nazareth, que es una de las playas más lindas de Portugal, se resiste tenaz y juiciosamente a ser también la playa más lujosa.

La pesca, base de la riqueza del pueblo, sorbe toda la actividad del vecindario.

De madrugada, la quieta playa se llena de rumores. Las barcas, con su perfil de góndolas, pueblan el mar en un violento batir de velas, blancas y nerviosas como alas que se agitan para romper el vuelo.

Los pescadores, vestidos a la pintoresca usanza marinera, con camisas a cuadros y barretinas verdes, preparan las embarcaciones, obedientes a las órdenes del patrón, que gesticula en la popa bajo un pesado gorro de piel con ribetes de pelo.

Las mujeres se arremolinan a la orilla, también en trajes pintorescos: las jóvenes, con pañuelo de seda a la cabeza y



escasa, con tantos esfuerzos arrancada al Atlántico...

Y es entonces cuando decimos en Lisboa que el pescado está caro.

GIL FILLOL



zones devotos recolectaron en el largo apostolado de la fe.

Abundan, sin embargo, los objetos de pesca y de caza. Nuestra Señora de Nazareth atiende a todos con generoso y

La mosca

Ma costaría trabajo decir todo lo malo que era Rafaelín; solamente gozaba con hacer travesuras y hacer rabiar a todo el mundo, gentes y animales.

La cocinera le tenía ya prohibida terminantemente la entrada en la cocina, y por delante de la casa en que Rafaelín vivía con su abuela no pasaba ya ni por casualidad un perro ni un gato, hartos todos los de la vecindad de que aquel granuja les atase caceras o cascabeles al rabo.

Po eso, y por que tenía que estudiar una lección de gramática impuesta por el maestro en castigo de no haberse sabido la de la víspera, Rafaelín, aquella tarde, se desesperaba y se aburría.

Así, después de un bostezo más prolongado que los otros, bruscamente arrojó al suelo el libro odiado y miró en torno suyo buscando alguna nueva travesura que cometer, pues ya llevaba cerca de media hora sin hacer ninguna.

Su abuela se acababa de dormir en su butacón granate, con una labor de ganchillo entre los dedos y sin acordarse siquiera de quitarse las gafas, que cabalgaban sobre su nariz. El estuche negro de las referidas gafas yacía abierto sobre el tapete de la mesa.

Era en verano y las moscas zumbaban contra los cristales.

Entonces Rafaelín tuvo una idea, que no vaciló en calificar de genial.

Se acercó a la ventana, y con una destreza maravillosa, ¡zas!, cazó una mosca; cogió el estuche de las gafas y encerró dentro al insecto, que se puso a zumbiar desesperadamente. ¡Qué divertido era aquello! Al cabo de un momento la mosca se cansó de protestar contra su inmerecida reclusión y se calló; entonces, Rafaelín abrió el estuche y, para recompensarla por su resignación, le devolvió la libertad. Luego cazó otra mosca y repitió la broma; luego otra, y otra y otra, hasta que la abuela se despertó, y el bribonzuelo le devolvió su estuche con la cara más inocente del mundo.

Desde aquel día, todas las tardes Rafaelín aprovechaba la siesta de su abuela para cazar moscas y encerrarlas en el estuche de las gafas; el juego empezaba regularmente al cabo de un rato de estudiar y después de arrojar al suelo el inocente libro de gramática o de geografía.

Una tarde, de pronto, Rafaelín vio junto a la ventana una mosca tan bella, como nunca había visto otra igual: era dorada toda ella, desde las puntas de sus finas patitas, hasta sus alas transparentes. ¡Qué buena presa, y qué buen concierto le iba a proporcionar!

La mosca se dejó cazar sin dificultad, lo cual disminuyó un tanto el placer de la captura; la segunda desilusión fué que, después de encerrada en el terrible estuche, quedó silenciosa, sin zumbiar ni poco ni mucho. Rafaelín se apresuró a abrir la cárcel, y entonces ocurrió una cosa espantosa: la mosca pegó un saltito y se agarró a la punta de las narices de su verdugo, pellizcándola con fuerza.

Sin atreverse a gritar, por miedo a despertar a su abuela, ser visto en aquella situación ridícula y recibir una azotaina, Rafaelín empezó a mover la cabeza con energía, de arriba abajo, como diciendo ¡sí!, ¡sí!, y de derecha a izquierda, como diciendo ¡no!, ¡no!

Pero la mosca no se movía; y, de pronto, el niño oyó una vocecita aguda, que decía:

—¡Mirame!

Se miró la punta de la nariz, y ¡qué vio! En lugar de la mosca vio una per-

sonita, microscópica y dorada, que se reía a carcajadas.

—Suéltame—gritó furioso—; suéltame, o te cojo y te despachurro.

—¡Inténtalo!—desafió la vocecita aguda.

Rafaelín la agarró y tiró con toda su alma. Como si nada; aquella diablaja tenía una fuerza extraordinaria y no soltaba su presa.

—Soy el hada Insectina—declaró cuando el niño se cansó de tirar de ella—, y he venido para castigarte por las diabluras que cometes con todo el mundo, en general, y con mis súbditas las moscas en particular.

Al oír estas palabras espantosas, Rafaelín se echó a temblar; la infernal Insectina prosiguió:

Insectina le cogió delicadamente entre dos dedos y se dedicó a introducirle en el famoso estuche; allí mismo donde él había encerrado a tantas moscas.

—¡Es imposible que yo quepa ahí dentro!—pensaba el pobre Rafaelín, aterrado.

Y, sin embargo, no sé por qué milagro inexplicable, entró perfectamente. El hada cerró la tapa con un ruido seco, desplegó unas alas de gasa de oro que llevaba en la espalda y, con su presa en la mano, salió fácilmente por el techo.

Porque ya sabéis que las hadas desprecian el entrar o salir por las puertas o las ventanas, aberturas buenas, todo lo más, para los simples mortales como vosotros y yo, pongo por caso.

En el tejado de la casa esperaba una carroza, hecha con una concha de plata y tirada por cuatro libélulas azuladas. El hada subió a esta carroza singular, se recostó sobre los mullidos cojines de raso que había dentro, y las libélulas tomaron el vuelo.

El pobre Rafaelín se sentía bastante incómodo en su estrecha prisión y pre-

casas sobre las cuales pasaban, como si éstas no hubieran tenido techo.

Pasaron sobre varias ciudades, y Rafaelín vio una barbaridad de niños; unos se hallaban estudiando con suma aplicación; otros escribían con tal esmero, que sacaban la lengua; otros leían cuentos; otros jugaban, tan modositos, que ni siquiera rompían sus juguetes. Aquello resultaba irritante; en su vida había visto Rafaelín tanto niño bueno.

La carroza cruzó Africa de arriba abajo, y nuestro prisionero vio moritos que hacían cocer «cuscus», y negritos que enhebraban cuentas de color para fabricarles collares a sus mamás.

Luego, la carroza pasó por Norteamérica, y en los rascacielos, Rafaelín vio niños tan aplicados e inteligentes, que ayudaban a sus papás en sus negocios; otros había en las pampas, tan valientes, que domaban potros salvajes, y tan ágiles, que manejaban el lazo mejor que los actores de «cine».

Al volar sobre el océano, la carroza alada sufrió un temporal espantoso, y el pobre Rafaelín se mareó horriblemente; luego, pasó calores tales, que creyó morir asfixiado, y fríos tan terribles, que se quedó hecho un sorbete. Estaba desesperado, cansado, extenuado y, sobre todo, completamente descorazonado, porque vio niños chinos, y niños indios y hasta niños bolcheviques, y todos, todos, eran buenos. Rafaelín empezaba a preguntarse con angustia si la raza de los bribonzuelos no habría desaparecido de la tierra, quedando él como único ejemplar.

Una idea, además, le torturaba: ¿Cuánto tiempo, cuántos años, duraba ya aquel viaje fantástico? Seguramente cuando regresase a su país, sus amiguitos se habrían hecho hombres, mientras él seguía siendo niño. ¿Acaso habría medio de crecer una pulgada en un estuche de gafas?

Y su abuela, ¿qué habría sido de ella? ¿Viviría todavía? Y su casita, ¿no la habrían tirado abajo? ¿Dónde se alojaría él en tal caso?

De haber tenido sitio para sacarse el pañuelo del bolsillo, el infeliz hubiera llorado todas las lágrimas de su cuerpo.

¡Por fin llegaron a España! Rafaelín reconoció el pueblo—también allí todos los niños se habían vuelto unos benditos; pero ya no le importaba—y lanzó un verdadero grito de alegría: su casa estaba en el mismo sitio.

Al llegar al techo, Insectina se apeó de su carroza, y entró en la casa del mismo modo que había salido.

En la sala todo estaba como lo habían dejado: en un rincón había un libro de geografía bastante maltratado y tirado por el suelo; en su butaca, la abuela seguía durmiendo con su labor de ganchillo en la mano y las gafas puestas, acaso para ver mejor lo que soñaba.

Insectina designó el reloj a su víctima. ¡Oh prodigio! ¡El viaje fantástico había durado justamente un cuarto de hora!

El hada lanzó una carcajada de burla, hizo una reverencia graciosa, tornó a desplegar sus alas doradas y desapareció.

Yo no sé si desde aquella terrible aventura, cuyo secreto guardó cuidadosamente, Rafaelín se ha vuelto bueno y aplicado. De lo que sí respondo es de que no ha vuelto a encerrar mosca alguna en el estuche de las gafas de su abuela. ¡Demasiado miedo tiene él de que la malicioso Insectina torne a colgarse de la punta de la nariz!



—Puedes escoger el castigo que más te plazca: o yo me quedaré para siempre agarrada a la punta de tu nariz, o tú consentirás en que te encierre en el estuche de las gafas de tu abuela y te lleve conmigo.

A decir verdad, ninguna de estas soluciones le hacía a Rafaelín una gracia extraordinaria; pero vivir y presentarse en la escuela y ante sus amiguitos con aquella compañía, era de todo punto imposible; Rafaelín lanzó un suspiro desgarrador, y murmuró:

—Prefiero que me lleves contigo.

Al punto, Insectina saltó ligeramente a tierra y creció hasta transformarse en una hermosa dama de tamaño normal y realmente deslumbrante, con su indumentaria de oro. Si Rafaelín se hubiera fijado, hubiérase maravillado; pero no estaba el pobre para fijarse en nada.

guntó con vocecita temblorosa:

—¿Podría usted indicarme, señora hada, adónde me lleva?

—No tengo inconveniente—contestó la implacable Insectina—; vamos a dar la vuelta al mundo.

—¡La vuelta al mundo!—repitió el desdichado con horror.

El hada prosiguió:

—Si en el camino encontrásemos por casualidad un niño más malo que tú, le encerraría en tu lugar, y tú podrías volver a tu casa.

Estas palabras dieron ánimos al prisionero. ¡Pues no habían de encontrar un niño peor que él!

En el mismo momento, el estuche de las gafas se tornó transparente como el cristal, y Rafaelín notó con asombro que no solamente veía en torno suyo, sino que veía también en el interior de las

LA CASA DEL CONDESTABLE

A mi querido amigo D. Javier García de León, ilustrador de Bellas Artes, que ha tenido el gran acierto de proponer la declaración de monumento nacional a favor del grandioso palacio del condestable D. Alvaro de Luna.

Ocho leguas al Norte de Toledo, y muy cercano al límite de esta provincia con las de Madrid y Avila, como sirviendo de enlace a las dos Castillas, se encuentra Escalona, airoosamente colocada al borde de una eminencia de unos cincuenta metros aproximadamente, a cuyo pie discurre, tranquila y mansamente, el Alberche, que nace algunas leguas más arriba, en la Paramera de Avila. Sirvenla de fosos naturales, por el lado del Este, el arroyo de Tordillos, y por el Oeste, el profundo barranco del Salto, y está circunvalada por espesos muros romanobizantinos coronados por numerosas y bien dispuestas almenas, y defendida por un fortísimo castillo, que en aquellos tiempos la hacían verdaderamente inexpugnable, ejerciendo siempre una gran influencia, ya en las guerras de la Reconquista, ya en las luchas de los monarcas con los nobles.

Reconquistada de los moros por Alfonso VI en 1082, perteneció a la corona hasta que San Fernando la cedió en feudo a su hijo el infante D. Manuel.

Todos los reyes, premiando los grandes servicios de la población, la concedieron privilegios y ventajas, dándole Alfonso VIII, por haber resistido victoriosamente a los almohades, ordenamientos especiales para su buen gobierno, que confirmó Alfonso X en 1256, siendo notables, entre otras, las curiosas frases que el Rey Sabio dirige a los *hombres buenos* de la villa, y que extractamos de una crónica de aquellos tiempos: «Et esto fago yo por gran sabor que he de vos guardar de danno, é de soberanía que se vos torne en danno, é de mayoradvo en todas vuestras cosas, porque seades más ricos é más abundados, é hayades más, é valades más, é podades á mí facer más servicio». Y siguen algunas de las medidas dictadas: «De cuanto vala escudo é silla de caballo é de rocín. Que ninguno non traya siella con oropel. De cuanto valan zapatos dorados. Que ninguno non coma más de dos carnes o de dos pescados. En razón de las bodas, que ninguno sea osado de dar nin de tomar calzas. De la caza y pesca: que no tomen al azor ni al gavilán yaciendo. Que non peguen fuego á los montes; que non se echen yerbas en las aguas para matar el pescado. De cómo anden vestidos los moros. Que non crie cristiana fijo de judío nin de moro. Que todo home tenga caballo é armas, é esté guiado según manda su fuero». Y otras muchas, que no extraclamos por no ser prolijos, y que prueban la importancia que los monarcas concedían a esta población.

En ella nació, en el mes de mayo de 1282, el infante D. Juan Manuel, autor de la célebre novela *El Conde Lucanor*, y de los libros de los *Enxemplos* y de los *Gatos*, obras curiosísimas, de las primeras escritas en lengua castellana, y en una de las cuales tiene su germen la famosa leyenda, tan popularizada por Wagner, de Lohengrin, el caballero del Cisne.

Después de muchos cambios y peripecias, la villa fué a poder de don Alvaro de Luna, por donación de don Juan II, según privilegio dado en Madrid a 16 de febrero de 1424, cediéndosela con todos los lugares de ella dependientes, que a la sazón eran en gran número, siendo los principales Quismondo, Casar, Hormigos, Paredes, La Aldea y otros que se gobernaban por alcaldes pedáneos que Escalona les mandaba.

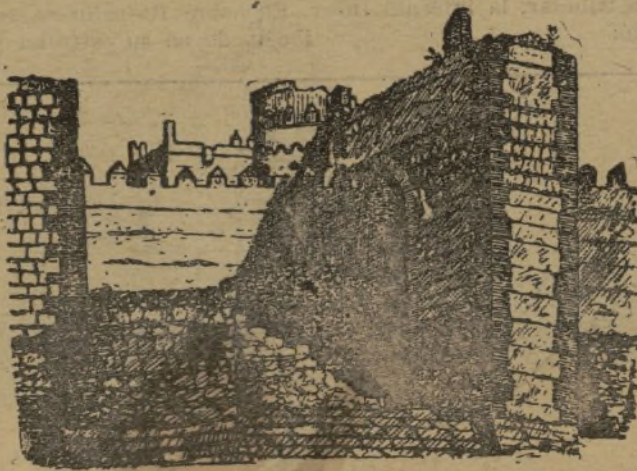
Citamos aparte Cadalso, dependiente también de Escalona, población en donde es sabido que no quiso nunca entrar D. Alvaro, porque una gitana le había predicho que moriría en cadalso.

En esta época adquirió Escalona su mayor preponderancia, pues el condestable, apreciando la buena posición en que se halla colocada, hizo la cabeza de sus Estados y, eligiéndola para su residencia, reedificó los muros, ensanchó los fosos y construyó su magnífico palacio.

A la muerte del condestable, en 1453, la villa, fiel a sus tradiciones de lealtad y de hidalguía, fué la única población, entre las 57 que poseía D. Alvaro, que se alzó en armas contra el monarca, quien acudió presuroso a sitiaria, estableciendo sus reales en Fuensalida.

Animados los escalonenses con el ejemplo de doña Juana Pimentel, viuda de D. Alvaro, fué tal la resistencia que opusieron a las tropas del rey, que éste, sin entrar en la villa, la concedió una capitulación honrosa, contentándose sólo con llevarse las dos terceras partes de los tesoros que allí tenía el condestable, y que, según un cronista de la época, consistían, sin contar las vajillas de plata y oro, en millón y medio de doblas de la banda, ochenta millones en monedas de Aragón y otros reinos y siete tinajas de monedas alfonsinas y florentinas. Esto, además de las villas y lugares, le valió a D. Juan II la muerte del hombre a quien tanto había favorecido y que había llegado a ser más poderoso que su rey.

Fué Escalona, por tanto, la única población que, salvándose de la confiscación general de los bienes del condestable, pasó a poder de su hijo D. Juan, en unión del condado de Santisteban, que ya anteriormente poseía. Después de muchas peripecias y luchas y disgustos, vino a casar doña Isabel de Luna, hija del condestable, con D. Diego Fernández Pacheco, hijo del marqués de Villena, reconciliándose así estos Mon-



Coracha y espolón que defienden la puerta de la fortaleza. — Al fondo, la parte superior de la torre del Homenaje y la del Archivo.

tescos y Capuletos de Castilla. En abril de 1470 se verificó este enlace por influencias del monarca, pasando de dicho modo la villa a poder de los marqueses de Villena, los cuales, por real cédula de 17 de diciembre de 1472, fundaron un mayorazgo con todos sus alcázares y tierras con el título de duque, quedando de este modo sin efecto en tiempos del último Enrique la previsión de D. Alfonso el Sabio de librar a la villa de «mayoradvo é soberanía».

De la casa de Villena pasó el ducado de Escalona a la familia de los López de Mendoza, duques del Infantado.

Esto en cuanto a la historia de la población. Veamos ahora, siquiera sea muy ligeramente, las preciosidades que el del condestable encerraba dentro de sus muros, pues en la actualidad, de todo lo que vamos a describir, sólo queda la fachada del palacio, y aun ésta con injurias del tiempo y de los hombres; todo lo demás está reducido a escombros.

Del famoso palacio, dice la crónica: «Avíale fecho el condestable, é era el mejor que en España se fallaba, como se puede muy bien creer aviendo sido obra del condestable». Hállase situado este suntuosísimo edificio al Este de la población y aislado de ella por un foso de cantería en declive de 70 pies de ancho y 30 de profundidad, en forma de herradura, cuyos dos extremos van a parar al río, que, por la parte Sur, sirve a la fortaleza de foso natural, así como por el oriente hace el mismo servicio el profundo barranco de Alamin.

Rodéanle por la parte Norte y Oeste, que era la más asequible de ataque, ocho cuadradas y robustas torres, unidas al muro por medio de arcos de ladrillo; torres que sirvieron, indudablemente, de prisión a los enemigos del condestable.

Nacido y criado en aquella población, hemos reco-

rrido, como si fuéramos el «gnomo» de aquellas ruinas, todos sus subterráneos, sus galerías, sus torres, sus calabozos, sus aljibes, y guardamos de todo ello gratísimas e impercederas añoranzas. Recorriendo los calabozos de las torres, aún pudimos leer en el oscuro fondo de una de sus paredes una inscripción que decía: «Por un ruin me traen aquí; nadie se fie de ruines»; y otra en que se explica «Aquí estuvo preso Jaan Ruiz de Castilblanco, paje del marqués D. Diego, porque dió una cuchillada a su secretario». Pero no son sólo quejas pequeñas las que se expresan en estas inscripciones; también en otra se ve: «Antonio del Cano y Sancha. Sufrió muchos trabajos, cárceles y persecuciones por el bien de esta su patria».

La fachada principal de este palacio, verdadera joya arquitectónica, es de mampostería hábilmente concertada y se halla también defendida por su foso, con su puente levadizo y su barbacana.

Se construyó poco después del año 1438, en el cual cayó un rayo en este palacio, produciendo un incendio, del que dice la crónica «que la llama no la pudieron amatar en tres días más de 800 hombres, que más de dos mil cestos de tierra é zaques de agua la echaron encima». Para su restauración llamó D. Alvaro a los más acreditados maestros alemanes y andaluces, que, combinando sus estilos, hicieron que dicha fachada participase de las últimas reminiscencias del gótico y de las primeras manifestaciones del Renacimiento.

A la derecha de la fachada se alza, soberbia, la torre del homenaje, y casi en el centro se eleva un cubo, en el cual existía hace pocos años, intacto, un pequeño gabinete, llamado el archivo, que era un verdadero oasis en aquel desierto de desolación y de ruinas. La caprichosa combinación de sus colores, que parecían acabados de colocar en aquel sitio por la mano del artista; los admirables artesonados y ramas de su bóveda gótica, que terminan en el centro en una magnífica y bien labrada macolla; los ángeles de fantásticas formas, que con revueltas y largas túnicas volaban entre el ramaje, daban una idea aproximada de la grandiosidad de este edificio, que, según expresión de un escritor ilustre, D. Aureliano Fernández Guerra, llegó a infundir celos a la Alhambra de Granada. No hace muchos años vimos de venta en un portal de la calle de los Estudios la campana de un reloj que sobre el cubo que estamos describiendo mandó colocar, en 1598, D. Juan Fernández Pacheco, marqués de Villena. Pero lo que más llama la atención en estas suntuosas ruinas son los restos de la *sala rica*, de gran memoria en la crónica de D. Alvaro. Los vestigios de riqueza que en ella se descubren indican hasta qué punto llegó a perfeccionarse el gusto arquitectónico en aquella época.

Lo más notable, después de lo que hemos descrito, es una galería cubierta, que baja al río, de severa construcción, más antigua que el resto del edificio, acaso anterior a la reconquista, cuyo techo, sostenido por gruesas pilastras ochavadas y magníficamente labrado, representa cabezas de dragones, serpientes y otros animales.

En el año 1853, al tratar de limpiar el aljibe, se halló en su fondo varios proyectiles y dos cadáveres completamente armados a usanza de la primera mitad del siglo XV, cuyos huesos, ropajes y armadura formaban una sola pasta.

En este palacio se alojaron repetidas veces el rey don Juan II y las reinas doña María de Aragón y doña Isabel de Portugal, siendo la más notable de estas estancias la que en diciembre de 1448 verificaron la mencionada doña Isabel, el rey D. Juan y el arzobispo de Toledo, D. Juan de Luna.

Verdaderamente ostentoso fué el aparato que el condestable desplegó para obsequiarlos. «Algunos portugueses que allí venían—dice la crónica—, que no avian visto aquella casa, mucho se maravillaron cuando vieron aquella entrada tan magnífica, é tan fuerte é caballerosa; ca estaba la puerta principal, cubierta de cabezas de osos, é de jabalíes, é de otras bestias salvajes. Después que entraron dentro de la casa, fallaron la muy guarnecida de paños franceses, é de otros pa-

ños de seda é oro, é todas las cámaras é salas estaban dando de sí muy suaves olores. En los aparadores do están las baxillas avía muchas copas de oro con piedras preciosas, é grandes platos, é confiteros, é barri-les, é cántaros de oro é de plata, cobiertos de sotiles esmaltes é labores. Despues que los reyes fueron a las mesas, entraron los maestresalas con los manjares, llevando ante sí muchos menestresiles, é trompetas é tamborinos; é así fué servida la mesa del rey é de los otros caballeros, é dueñas é doncellas, de muchos é diversos manjares. Las mesas fueron levantadas, los mancebos danzaron con las doncellas, é los caballeros fueron prestos al torneo que se ordenó en el patio de- lante del alcázar. Otro día tovieron otro torneo a pie en la sala rica de noche, é cada día de los que allí es- tovo el rey, fué servido de diversas maneras é cirimo- nias, é ovo tambien diversas fiestas.»

La magnificencia, la grandeza y el lujo desplegados

por el condestable para obsequiar a los monarcas, le perjudicaron en vez de favorecerle, pues la orgullosa Isabel de Portugal, no pudiendo sufrir que el vasallo fuese más poderoso y rico que el rey, concibió contra D. Alvaro aquel odio terrible, que alimentó constan- temente y que no fué la menor de las causas que con- currieron a la desastrosa caída del poderoso valido.

El grandioso edificio del cual damos esta ligerísima idea, podría constituir hoy en día una de las principa- les joyas arquitectónicas de nuestro país, pues a prin- cipios del siglo pasado se conservaba intacto; pero el mariscal Soult, a ejemplo de otros de sus compatrio- tas, que destruyeron San Juan de los Reyes, el alcá- zar de Toledo y mutilaron los sepulcros de la cartuja de Burgos, causando tantos daños a nuestro arte; el mariscal Soult, repetimos, dió principio a su destruc- ción durante la guerra de la Independencia, y después, el censurable absentismo de los grandes, la incuria de

unos, el abandono de otros y la malicia de muchos, han sido causa de que tan hermosa joya artística se haya convertido en un montón de ruinas, pues a la sazón, de todo cuanto hemos descrito, no queda más que la fachada, con grandes mutilaciones; lo demás, todo es desolación y escombros.

De las hermosas columnas del patio de honor, apar- te algunas empleadas en la reforma de las casas muni- cipales, otras se han destinado a la construcción de bodegas de un rico hacendado de Santa Cruz del Re- tamar, hombre que fué de tan gran mérito, que, ha- biendo llegado al pueblo de zagalillo conduciendo me- rinas, logró construir sus bodegas y casas de labranza sobre terrenos del gran duque de Osuna y con mate- riales del condestable de Castilla.

La profética frase de Víctor Hugo «Esto matará a aquello», ha tenido muchas aplicaciones.

Fernando SOLDEVILLA

EDITORIAL MUNDO LATINO

Apartado 502.—Madrid.
Librería, Caballero de Gracia, 28.
Novedades de marzo.

	Pesetas.
EL CABALLERO AUDAZ:	
Con el pie en el corazón.....	5
Lo que sé por mí (primera y se- gunda serie).....	5
JOSE FRANCES:	
La raíz flotante.....	5
Miedo.....	5
HERNANDEZ CATA:	
El placer de sufrir.....	5
Una mala mujer.....	5
GUIDO DA VERONA:	
La mujer que inventó el amor.....	5
FERNANDEZ PINERO:	
Memorias del legionario Ferragut.	3
MAYNE REID:	
En la pradera americana.....	3
La cazadora salvaje.....	3
En preparación grandes novedades. Pidanse catálogos.	

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos,
discos, objetos para regalos y MAN-
TONES DE MANILA.
SAN BERNARDO, 1.

ESMALTE ORO "EL SOL"
para dorar cuadros, espejos y retablos.
La Casa más surtida en colores

FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de MANTO-
NES DE MANILA, mantillas y trajes
de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.

TELÉGRAFOS--POLICÍA

Clases especiales en grupos de seis alum-
nos. Se abre el curso el día 1.º de Abril.
Solicite un Reglamento.
COLLEGE FRANCAIS.—Fuencarral, 33.

LADRILLOS REFRACTARIOS

TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACIFICO, 12
TELÉFONO M 17-65

Quiosco de EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá

Esquina a Barquillo

Philips 1/2 watt



La preferida mundialmente
Pídale en todos los Establecimientos de Electricidad

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Marqués de Cubas, 10.

BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

Pedid Coñac Lion d'or

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRÁCTICA DE AUTOMOVILES Y MO-
TOCICLETAS -- ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

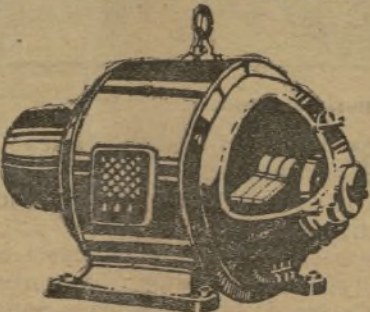
AEG

ELECTRO-MOTORES

de corriente continua y alterna trifásica

Suministro inmediato

A E G
IBÉRICA DE ELECTRICIDAD (S. A.)
MADRID: Nicolás María Rivero 8, y 10
SUCURSALES:
Madrid-Barcelona-Bilbao-Gijón
Sevilla-Valencia-Zaragoza



ODEÓN

es y será siempre la marca de DISCOS
que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran
en ella, y su repertorio reúne todos los
géneros.



Pida usted catálogo y condiciones a
ODEÓN - Preciados, 1 - MADRID

TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablis-
ments Benninger, Uzwil (Suiza). Pídanse
presupuestos gratis a Oficina Técnica
«Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20.—MADRID

Nerviosina de T. González

De venta en
farmacias



Zorros Silka desde 80 pe-
setas. Medias seda torzal
irrompibles desde 6 pese-
tas. La casa que más ba-
rato vende estos artícu-
los es

LA ESTRELLA
HORTALEZA, 82

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.-VELÁZQUEZ, 40.-APARTADO 269

Medicina, Farmacia, Ingenieros Indus-
triales, Correos, Telégrafos, Radiotele-
grafía, Auxiliares de Hacienda, Judica-
tura, Registros y preparación militar.

Gran Centro cultural, con brillantísimo
profesorado.—Magnífico internado para más
de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en
lo más higiénico y aristocrático de Madrid

Director: MANUEL MOIX GOMBAU
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre
Colegio de Madrid

Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU
Presbitero

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

CARLOS COPPEL



FABRICA DE RELOJES
FUENCARRAL 27 MADRID

Único depósito de los relojes de precisión.MZA.
Exposición permanente de relojes de pared y sobremesa.

CERTIFICADO DE GARANTIA
CON CADA RELOJ

CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
ted libre de callos y du-
rezas, juanetes y ojos de
gallo. Pruébalo y quedará
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

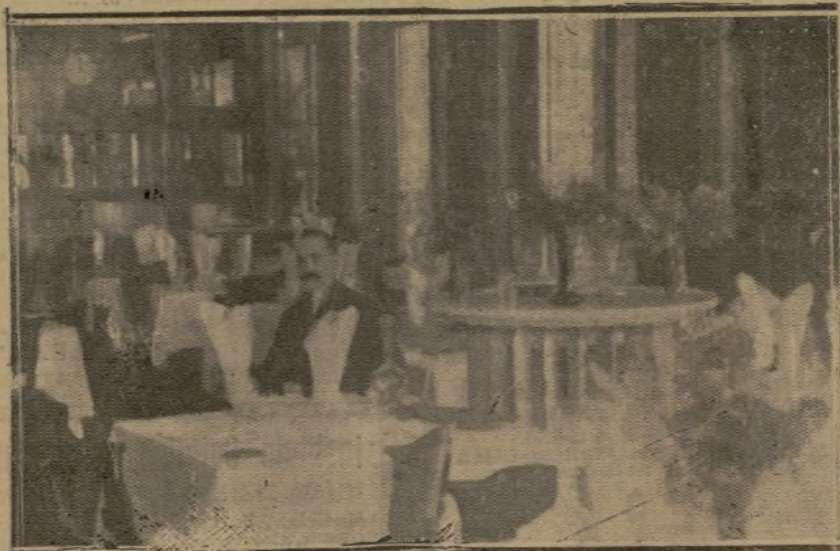
FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista del comedor del Hotel de París.

Hôtel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y
confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los
primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en
el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurba-
nos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servi-
cio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

Daniel
JOYERO
JOYAS DE BUEN
GUSTO
MADRID
MONTERA

Inclan
FABRICANTE
PRECIOS DE
FÁBRICA
MEXICO
BOLIVAR 23

Nadie más barato.—Nadie mejor calidad.